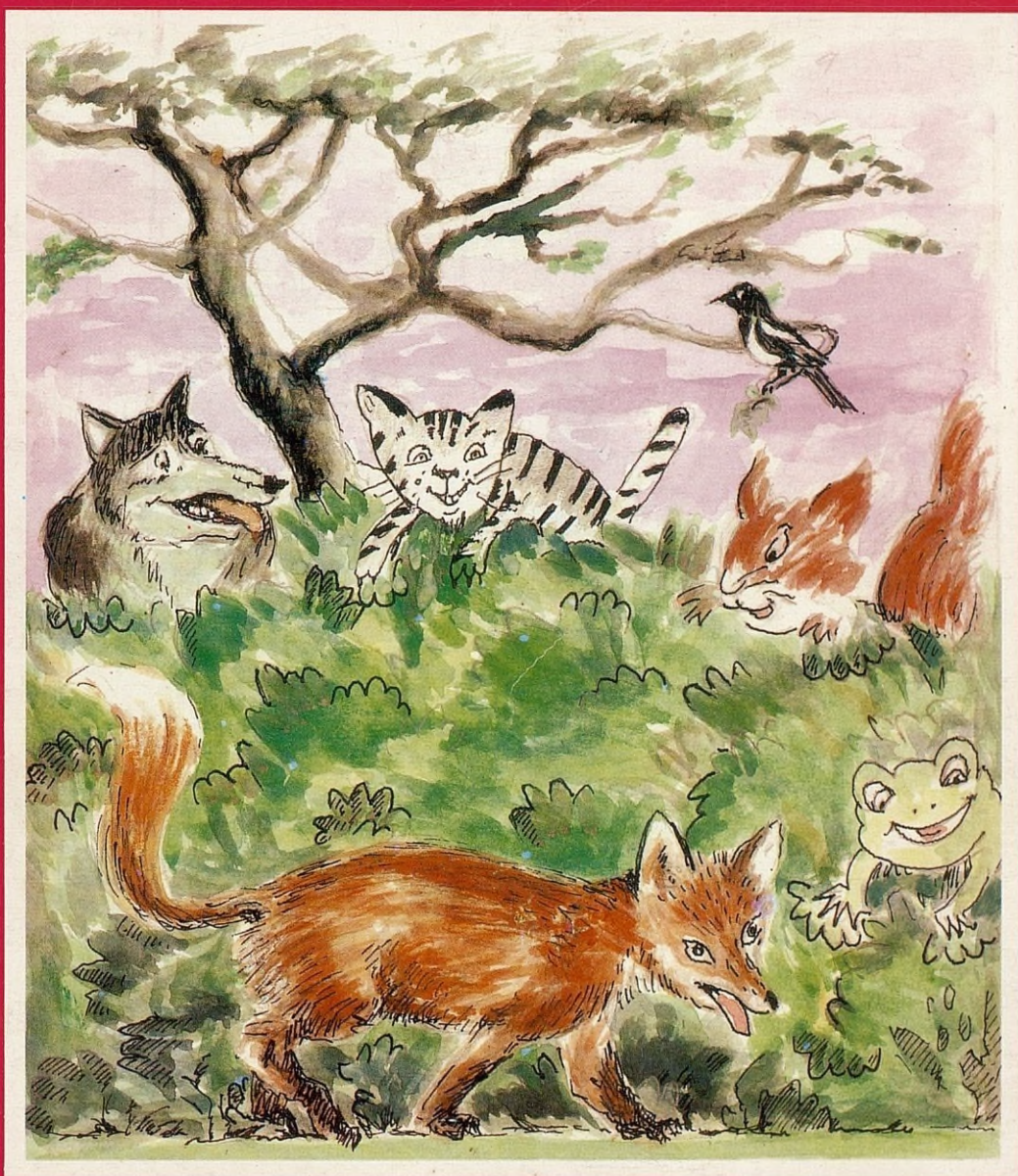


Germán SUÁREZ BLANCO



EL RAPOSO MARUXO

INDICE

Germán SUÁREZ BLANCO

EL RAPOSO MARUXO



SERVICIO DE PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD DE CÁDIZ

Germán SUÁREZ BLANCO

EL RAPOSO MARUJO



© Germán SUÁREZ BLANCO

Edita: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz.

Portada e ilustraciones: César Miranda.

I. S. B. N. – 84/7786/097/6

Imprime: Imprenta Repeto – Cádiz.

Depósito Legal: CA – 722/89.

SERVICIO DE PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD DE CÁDIZ

INDICE

	<u>Página</u>
<i>Alcaraván comí</i>	7
<i>La boda en el cielo</i>	17
<i>Buscando novia</i>	27
<i>¡Voy a tirarme al pantano!</i>	37
<i>Se nos casa Maruxo</i>	47
<i>¡A las ricas sardinas!</i>	57
<i>Milís</i>	67

ALCARAYÁN COMÍ

El astuto zorro es capaz de engañar al más avisado pájaro, al conejo más vigilante y al lobo de peor humor. Todos, todos han sido objeto alguna vez de sus engaños.

Él se las arregla para sacar partido de cualquier situación que se presente. Siempre consigue que alguien más fuerte que él lo invite a su mesa o que alguien más débil le sirva de merienda.

Pero el raposo Maruxo era distinto. Era así como un poco perezoso, un si es no es listo del todo. Sus primos comenzaron a decir que "le faltaba un verano".

El caso es que todos se reían de él, no sólo el lobo feroz, sino la parlanchina urraca, la inquieta ardilla y el rayado gato montés. Hasta las estupidas ranas de la charca pregonaban a los cuatro vientos que "al raposo Maruxo le falta un verano".

ALCARAVÁN COMÍ

-¡Basurero!, que no comes más que lo que encuentras en las basuras.

-¡Hueles a muerto!

Lo cierto es que el raposo Maruxo jamás había conseguido capturar una presa viva. Se limitaba a acercarse al poblado, donde había una granja de conejos y

El astuto zorro es capaz de engañar al más avisado pájaro, al conejo más vigilante y al lobo de peor humor. Todos, todos han sido objeto alguna vez de sus engaños.

Él se las arregla para sacar partido de cualquier situación que se presente. Siempre consigue que alguien más fuerte que él lo invite a su mesa o que alguien más débil le sirva de merienda.

Pero el raposo Maruxo era distinto. Era así como un poco perezoso, un si es no es listo del todo. Sus primos comenzaron a decir que “le faltaba un verano”.

El caso es que todos se reían de él, no sólo el lobo feroz, sino la parlanchina urraca, la inquieta ardilla y el rayado gato montés. Hasta las estúpidas ranas de la charca pregonaban a los cuatro vientos que “al raposo Maruxo le falta un verano”.

—¡Basurero!, que no comes más que lo que encuentras en las basuras.

—¡Hueles a muerto!

Lo cierto es que el raposo Maruxo jamás había conseguido capturar una presa viva. Se limitaba a acercarse al poblado, donde había una granja de conejos y

otra de pollos, y a escarbar en el basurero: todos los días aparecía allí algún conejo o pollo muerto. Ciertamente que casi siempre estaban medio podridos, pero estaban sabrosísimos. Además que así no hacía falta correr y fatigarse para obtener el alimento.

Pero aquello no podía seguir así. Era preciso darse a respetar.

No es que estuviera él dispuesto a competir por su presa con el señor lobo. A nadie se le ocurriría semejante locura. Tampoco, bien lo sabía él, sería capaz de dar alcance en carrera a la veloz liebre. En cuanto a atrapar en su madriguera al escurridizo conejo..., estaba Maruxo demasiado gordo para poder colarse en la conejera.

Pero... ¿y si sorprendiera a una liebre en su cama?, ¿si lograra acercarse sin ser visto ni oído hasta un gazapo mientras éste se dedicaba a roer zanahorias en la huerta?, ¿Si... ?

Muchas veces lo había intentado. Pero, ¡iquiá!, siempre lo descubrían cuando aún estaba a más de cinco metros de la presa. Y pensar en correr tras estos roedores era absurdo: le pesaban demasiado las carnes para poder hacerlo.

Mira que se lo había dicho su madre:

—Maruxo, hay que hacer ejercicio. No te pongas demasiado gordo cuando encuentres comida fácil, que



... muchas veces lo había intentado ...

luego pueden venir épocas de escasez y no tendrás agilidad para conseguir la comida.

Una vez estuvo a punto... Era una tarde de llovizna, en el mes de noviembre. La cabra Pinta, que había parido el día anterior, se dedicaba a roer hojas de zarza mientras sus dos cabritillos descansaban al abrigo de una gran piedra. El raposo Maruxo se acercó despacio hasta el pedrusco sin que la cabra le viera, se agachó cuanto pudo y fue rodeando la roca. Ya estaban a la vista los dos cabritillos como conejos de grandes. Maruxo pensó que bien podría llevarse a uno de ellos en su boca.

Avanzó aún dos pasos más y eligió al cabritito que tenía blanca la cabeza. Era cuestión de segundos. Estiró una a una sus cuatro patas y las encogió de nuevo preparándose para el salto.

En ese momento, no sé qué pudo ocurrir, pero la cabra pinta se volvió y vio a Maruxo. Hubiera podido

agarrar aún al cabritillo: había más de quince metros de distancia entre la cabra y él. Pero, en la mente de Maruxo aparecieron los afilados cuernos de la cabra pinta, el topetazo tan tremendo que iba a recibir del animal, que ya había emprendido veloz carrera, y salió corriendo por entre los arbustos, escondiéndose entre ellos y recortando en zigzag hasta que se puso a salvo de las furias de la cabra. ¡Qué miedo pasó!

Otra vez pensó que lo más fácil era capturar una rana: las ranas se pasan el día croando junto a la charca, atentas sólo a las moscas que cruzan por delante de ellas.

Todo era cuestión de tumbarse entre los juncos de la orilla y quedarse quieto como si estuviese uno muerto. Su primo Paco le había dicho que las ranas son tan confiadas que hasta se subirían encima de él para atrapar a las moscas que zumbaran junto a sus orejas.

Así lo hizo Maruxo, y no había pasado una hora cuando una hermosa rana verde subió por sus patas traseras, atenta sólo a las moscas. Maruxo, con el rabillo del ojo, vigilaba los movimientos de la rana.

Cuando le pareció oportuno, lanzó su zarpa delantera izquierda. La rana se dio cuenta e intentó saltar, pero el movimiento del raposo le había quitado el punto de apoyo, con lo que rodó entre los juncos. Era el momento. Y Maruxo saltó sobre ella. Fue cuestión de milésimas de segundo: hasta llegó a tocar al batracio con sus uñas. Pero nada, la rana se había sumergido en la charca. Y no es eso lo peor, sino que, con la inercia del salto, el pobre Maruxo dio con sus huesos en el agua.



... el pobre Maruxo dio con sus huesos en el agua ...

La charca estaba rodeada de imponentes zarzales y Dios sabe el trabajo que le costó al pobre raposo salir de allí. Empapado como una trucha, tiritando de frío y jurando no volver a la caza de ranas, Maruxo se retiró a su madriguera.

Lo peor fue que, desde entonces, hasta las ranas se burlaban de él, repitiendo:

—“¡Al raposo Maruxo le falta un verano!”

Con las perdices y codornices había hecho no sé cuántos intentos. Ni por acecharlas mientras incubaban sus huevos, ni por perseguir a los pollitos cuando eran pequeños había logrado cazar uno solo. ¡Nada, todo inútil!

¡Hartito estaba ya de oír una y otra vez lo mismo!

Aquel día había una pequeña nevada y la ventisca levantaba la nieve de tal forma que no se veía ni a dos metros.

El raposo Maruxo dio unos cuantos paseos en busca de algún cadáver en descomposición que llevarse a la boca. Al fin encontró la cabeza de un chivo en el vertedero de basuras y, pese al temporal, se dedicó a chupar con parsimonia todos y cada uno de los huesos de aquella calavera. Hasta el tuétano de los cuernos contribuyó a su desayuno.

Tranquilizado el estómago regresaba a su cubil. No pretendía nada, simplemente caminaba sin hacer ruido, como es su costumbre. De repente vio ante sí, caído en el suelo, a un hermoso alcaraván que quizá acababa de estrellarse contra una pared vecina.

Pensó en rematarlo de un mordisco en la cabeza y llevarlo a la puerta de su covacha hasta que comenzara a pudrirse. Lo cogió por un ala entre sus dientes y, en ese momento, recobró la conciencia el alcaraván.

En un instante, la cuitada ave se dio cuenta de su situación: no era nada infrecuente que los alcaravanes terminaran en el estómago de un cazador, del Águila Perdicera, hasta de un gato montés, pero caer en las fauces del raposo Maruxo era, además de trágico, bochornoso.

El pequeño cerebro del ave trabajó a toda velocidad y puso en marcha su estratagema.

—¡Buenos días, don Maruxo!

Como el raposo no contestaba, el astuto alcaraván continuó:

—¡Enhorabuena!

El zorro se limitó a hacer un gesto de asombro, y a retrasar el mordisco fatal que acabase con la vida del ave.

—¿Que no sabe por qué se lo digo?, ino se haga de nuevas!

A Maruxo empezó a picarle la curiosidad y masculló sin abrir la boca.

—Enhorabuena ¿por qué?

—Porque ya nadie podrá burlarse más de usted. Nadie le echará en cara que no es capaz de capturar una presa viva. Yo soy la prueba palpable de ello.

El zorro, temeroso de matar al pájaro sin querer, aflojó un poco sus mandíbulas sin soltar su presa.

—Sólo tienes que gritar a todos para que presencien tu triunfo. Verás cómo el águila, la jineta, las perdices y hasta el propio lobo tienen que reconocer que, si tú

comes carne muy hecha por varios días de exposición al sol, es porque así es mucho más digestiva y no porque no puedas cazar como los mejores.

Viendo que su discurso hacía efecto en el zorro, el alcaraván continuó:

—Ahora que ha aflojado el viento y que se oye bien, solo tienes que subirte a esta alta roca y gritarles a todos: “¡Alcaraván comí!”. Verás cómo acallas de una vez todas las voces que se levantan contra ti.

No se lo hizo repetir Maruxo. Subió al promontorio rocoso, aclaró su voz con un gruñido e irguiendo su cabeza gritó:

—¡Alcaraván comí!

Cuando el estúpido Maruxo abrió sus mandíbulas para gritar, el ave dio un fuerte aletazo y salió volando, al tiempo que contestaba:

—¡A otro, que no a mí!



... ¡A otro que no a mí! ...

Aún más acobardado estaba el raposo Maruxo, si
ello cabe, desde que fue burlado por el Alcaraván.

Andaba cabizbajo y procuraba no hablar con na-
die, pero no por ello dejaba de hartarse de pollos y cone-
jos medio podridos que encontraba en el basurero de la
aldea.

Allí, precisamente, fue donde encontró al cuervo
Nicolás, tan grande que media cerca de un metro de ex-
tremo a extremo de sus alas.

El primer encuentro no tuvo nada de agradable:

Acababa Maruxo de sacar con sus uñas la entra-
ñada de un cerdo de entre los escombros que habían
echado en el vertedero de basuras y se sentó un momento
para respirar un poco de al **LA BODA EN EL CIELO**
yeso que había en los escombros se había metido en su
nariz. Cuando se disponía a echar el diente al jugoso hí-
gado del puerco, hete aquí que Nicolás se le había ade-
lantado y alzaba el vuelo con la viscera colgando de su
pico.

Como nadie había cortado la tripa que une el hí-
gado con el resto del aparato digestivo, el cuervo no lo-

Aún más acobardado estaba el raposo Maruxo, si ello cabe, desde que fue burlado por el Alcaraván.

Andaba cabizbajo y procuraba no hablar con nadie, pero no por ello dejaba de hartarse de pollos y conejos medio podridos que encontraba en el basurero de la aldea.

Allí, precisamente, fue donde encontró al cuervo Nicolás, tan grande que medía cerca de un metro de extremo a extremo de sus alas.

El primer encuentro no tuvo nada de agradable:

Acababa Maruxo de sacar con sus uñas la entraña de un cerdo de entre los escombros que habían echado en el vertedero de basuras y se sentó un momento para respirar un poco de aire limpio, pues el polvo de yeso que había en los escombros se había metido en su nariz. Cuando se disponía a echar el diente al jugoso hígado del puerco, hete aquí que Nicolás se le había adelantado y alzaba el vuelo con la víscera colgando de su pico.

Como nadie había cortado la tripa que une el hígado con el resto del aparato digestivo, el cuervo no lo-

graba levantar el vuelo. Maruxo se lanzó a morder los restos que quedaban en el suelo y así estuvieron largo tiempo, el cuervo arriba y el raposo hacia abajo.

Por fin se rompió el intestino y el cuervo logró llevarse el preciado hígado, mientras que el zorro hubo de contentarse con el estómago, el bazo y el corazón del marrano.

Lo malo no fue aquel medio almuerzo perdido, sino que, desde ese día, el basurero del poblado tuvo no uno sino dos huéspedes fijos, y la comida de Maruxo comenzó a ser menos abundante.

Tuvieron sus buenas trifulcas a base de graznidos, gruñidos, amagos con el pico y enseñar los dientes, pero la cosa no pasó a mayores: ninguno de los carroñeros era demasiado valiente.



... tuvieron sus buenas trifulcas ...

Con el tiempo, y viendo que ninguno lograba ahuyentar al otro, llegaron a tolerarse sin demasiado disgusto y hasta a colaborar:

Cuando Nicolás, prospectando desde su alto vuelo, veía que alguien arrojaba desperdicios en el basurero, descendía hacia él como una centella, en busca de comida.

Maruxo ya no necesitaba apostarse demasiado cerca de su merendero, cosa peligrosa, sino que observaba desde un matorral cercano las evoluciones del ave y, salía corriendo a toda prisa hacia el basurero.

La mayor parte de las veces llegaba el cuervo antes y, si la pieza era muy pequeña, era el ave quien desayunaba, mientras el raposo guardaba dieta, pero cuando arrojaban una pieza grande (una oveja o un cabrito muertos), o cuando el botín estaba enterrado entre otras pesadas basuras, el cuervo no podía hincarles el pico y había de esperar a que el raposo rompiera la piel del animal o las desenterrase, para poder a su vez saciar el apetito.

La colaboración llegó a generar cierta amistad, dentro de unos límites. Maruxo y Nicolás comenzaron a charlar y se contaban sus penas.

No contaban alegrías porque no era conveniente que nadie supiese las cosas buenas y resultaba preferible

estar siempre quejándose y lamentando esto y aquello: si alguien no se queja del hambre es que tiene en algún lugar escondida una despensa y todo será cuestión de vigilar sus movimientos para poder robarle la comida.

De todos modos, tanto el raposo como el cuervo eran dos grandes mentirosos, tanto que hasta llegaban a creerse sus propias mentiras.

Sin embargo resultaba más crédulo Maruxo y ya había sido objeto de alguna broma por parte del cuervo.

Cierto domingo, mientras tocaban las campanas de la iglesia cercana, Nicolás empezó a cantar con toda la potencia de su desagradable voz. Maruxo, extrañado, le preguntó la causa de aquella súbita alegría.

—Es que estoy invitado a una boda que se va a celebrar en las nubes. ¿No oyes cómo tocan las campanas llamando para ella?

No estaba muy convencido el zorro pero, como pasaron por allí dos urracas, previamente aleccionadas por el cuervo, y comenzaron a preguntarle a éste por los preparativos de la boda, terminó de creérselo.

—¡Mira que tienes tú suerte! A mí nunca nadie me invita a nada.

–Oye, yo soy el padrino de la novia y, ya que llevamos tanto tiempo de buena amistad, te invito para que vengas conmigo a la boda.

–Pero ¿cómo podré subirme yo a las nubes?

–No te preocupes: te subes encima de mis espaldas y yo te llevo.

Ni corto ni perezoso, el bueno de Maruxo montó en las anchas espaldas del negro pajarraco y despegaron ambos hacia el cielo.



... y despegaron ambos hacia el cielo ...

No ganaban gran altura, como el cuervo quisiera, porque el peso del raposo era considerable. El cuervo daba fuertes aletazos y Maruxo comenzó a marearse, tanto que su estómago estaba a punto de arrojar lo poco que le quedaba en él. Dijo al cuervo:

—¡Bájame que me mareo!

—Como tú quieras.

Y se dio la vuelta el cuervo, dejando caer al zorro.

Se encontraba encima de un riachuelo cubierto de arbustos y zarzales y el raposín, que veía acercársele tan deprisa la tierra, comenzó a decir:

—¡Apártate prado, apártate tierra, que te parto!

Pero, ni por esas: la tierra no se apartó ni se partió en dos. Se limitó a recibir el cuerpo del pobre Maruxo, que se pegó un gran batacazo. Menos mal que en su caída se interpusieron los arbustos y zarzales del riachuelo, que, si llenaron su pellejo de arañazos y heridas, amortiguaron un poco el golpe, evitando que el animal reventara.

Aún así, la pata trasera izquierda, que golpeó contra el tronco de un salguero, quedó torcida para siempre.

Cuando el raposo se vio en el suelo, sangrando y con unos tremendos dolores en la pata, decía:

–Si de esta me libro, no voy a más bodas al cielo.

La cojera que ahora tiene Maruxo es el recuerdo más notable que le queda de la “boda en el cielo”.

Las ranas de la charca le cantan ahora:

–*“El raposo Maruxo
cojo ha quedado,
porque al pobre raposo
falta un verano.”*

BUSCANDO NOVIA

Entre bromas de sus primos... y hasta de las ranas, y alguna broma tan pesada como "pedrada en ojo de bodegano", por parte del cuervo Nicolás y las urracas, nuestro amigo Maruxo había ido desarrollándose y llegó un momento en que ya todos los de su edad se habían casado, tenían unas obligaciones y unos cuantos rapositos que les llamaban "papá".

Maruxo no prestó demasiada atención a las rapositas cuando sus hermanos comenzaron a cortejarlas, pero una vez que todos estaban ya casados, y comenzaron a casarse los que tenían un año y hasta dos menos que él, nuestro amigo se miraba una y otra vez en las aguas del arroyo... y no se veía feo: hasta estaba más gordo y loco que todos esos esmirriados que ya criaban la primera o la segunda camada de rapositos.

BUSCANDO NOVIA

Empezó a preguntarse por qué no estaba casado, ni siquiera tenía novia, y decidió que esto no debía seguir así.

Como paso previo anunció a todo el mundo, para que las zorras casaderas se enteraran, que él no estaba dispuesto a quedarse solterón, y que iba a buscarse novia inmediatamente.

Entre bromas de sus primos... y hasta de las ranas, y alguna broma tan pesada como “pedrada en ojo de boticario”, por parte del cuervo Nicolás y las urracas, nuestro amigo Maruxo había ido desarrollándose y llegó un momento en que ya todos los de su edad se habían casado, tenían unas obligaciones y unos cuantos rapositos que les llamaban “papá”.

Maruxo no prestó demasiada atención a las rapositas cuando sus hermanos comenzaron a cortejarlas, pero una vez que todos estaban ya casados, y comenzaron a casarse los que tenían un año y hasta dos menos que él, nuestro amigo se miraba una y otra vez en las aguas del arroyo... y no se veía feo: hasta estaba más gordo y lucido que todos esos esmirriados que ya criaban la primera o la segunda camada de rapositos.

Empezó a preguntarse por qué no estaba casado, ni siquiera tenía novia, y decidió que esto no debía seguir así.

Como paso previo anunció a todo el mundo, para que las zorras casaderas se enteraran, que él no estaba dispuesto a quedarse solterón, y que iba a buscarse novia inmediatamente.

La noticia fue recibida con regocijo entre todos los guasones de la comunidad, que se las prometían muy felices observando las peripecias amorosas del simplón de Maruxo.

Unos y otros comenzaron a hacerle llegar noticias de que tal o cual raposa estaba locamente enamorada de él, y que solo estaba esperando a que le dijera la más mínima palabra para tomarlo como esposo.

Maruxo no tardó en hacerse ilusiones y creerse un auténtico Donjuán y, en sus conversaciones, decía también estar muy solicitado. El pobre se había llegado a creer cuantas fantasías forjaba su imaginación... o le hacían concebir los demás.

El buitre Leonado, el águila Culebrera, el tejón Oscuro y hasta el lagarto Genaro se unieron al coro de los raposos en traer a Maruxo noticias de raposas enamoradas de sus huesos.

De todos los clanes vecinos le llegaban noticias indicando que la raposita Felisa, Balbina, Sinda o Celia, siempre las más apuestas, las más guapas y las más dicharacheras, estaban suspirando por el momento en que Maruxo se decidiera a proponerles un noviazgo.

Como alguna de ellas, sobre todo las más atrevidas y que más éxito estaban teniendo entre los jóvenes raposos, estuvieron dispuestas a coquetear un poco con

él, a pasearse moviendo el esqueleto por las proximidades de su cubil, a Maruxo se le hacía la boca agua.

De todos modos, no se atrevía nuestro pobre zorro a tomar la iniciativa y dirigir la palabra a una de estas zorritas. Se limitaba a oír los chismes que le traían o llevaban sobre el tema, a sonreír como si estuviese al cabo de la calle de todo, y a mirar con ojos de carnero degollado a cada una de las mocitas que pasaba cerca de él.

En ciertas ocasiones algún zorro más atrevido sacaba el tema del noviazgo de Maruxo en presencia del padre de alguna de las zorrillas con que el pobre raposo soñaba. Los padres, a quienes naturalmente molestaba que relacionaran a sus preciosas hijas con tal personaje, procuraban reírse un poco y eludir el tema cuanto antes. Si estaba Maruxo presente, o bien se marchaban del corro de charlatanes o encontraban alguna disculpa para hablar de otra cosa.

Melisa era una raposilla de lo más lindo que había en los contornos. Vivía con sus padres, Generoso y Gumerinda y con dos hermanos, Óscar y Héctor, fuertes como cachorros de lobo, en una espaciosa madriguera situada entre unos peñascos, cerca del riachuelo en que Maruxo aterrizó a su regreso de “la boda en el cielo”. Ella había sido la primera que descubrió a nuestro raposo malherido entre los zarzales, y la que pidió auxilio para él. Era por entonces muy niña y no se cansaba de pedir a sus padres y hermanos que se dieran prisa en au-

xiliarlo, no fuera a morir. Desde entonces Melisa era el centro de todos los sueños amorosos de Maruxo.

A medida que Melisa iba creciendo, nuestro raposo no dejaba de mirar su pelo sedoso, sus orejas siempre atentas, su hociquito puntiagudo y alegre, sus risas, sus juegos y hasta sus gruñidos de mal humor.

La verdad era que Melisa, en su inocencia, no hacía nada por rehuir a Maruxo. Hasta le dirigía la palabra con mucha gracia cada vez que lo encontraba. Le parecían naturales las atenciones y miradas que el pobre cojo le dirigía. No en vano había sido ella su salvadora en el penoso trance en que Nicolás lo había metido.

Era la soleada tarde de un jueves de otoño. Maruxo ya se había comido los restos de la placenta de una vaca, que encontró en el muladar, y andaba paseando por una solana. Allí, junto a una mata de robles que rodeaba un gran peñasco, encontró en amigable charla a un numeroso grupo de convecinos: estaban cinco abuelos zorros, además de Generoso, el padre de Melisa, y otro amigo suyo, el padre de Celia, subidos encima de las peñas, mientras un par de lobos canosos descansaban en la mullida hierba. Desde los árboles el gran buitre negro, el cuclillo, tres urracas, dos cornejas y el cuervo Nicolás mantenían amena la charla, atentamente vigilados por el lagarto Genaro, que asomaba su cabeza en una grieta de las rocas.

La llegada de Maruxo fue motivo de regocijo, ya que se las proponían muy felices gastándole bromas al cojo todos... menos los padres de las mocitas casaderas, que intentaron disculparse.

Antes de que lo consiguieran, ya el bocazas de Nicolás había comenzado a preguntar a Maruxo cómo iban sus proyectos de matrimonio. Sin darle tiempo a responder añadió:

—Yo creo que el mejor partido de todos los contornos es la hija de Generoso, así es que es a ella a quien debes dirigirte.

Maruxo se puso de todos los colores, agachó y levantó su cola, movió hasta seis veces la pata coja, cerró y abrió siete veces los ojos, poniéndolos en blanco, y replicó:

—No me quiere a mí Generoso para yerno.

Por las ganas hubiera Generoso degollado de una dentellada al atrevido cuervo, pero estaba en lo alto del árbol y no tuvo más remedio que disimular. Haciendo de tripas corazón, el padre de Melisa se limitó a responder:

—Yo no soy nadie para querer o no querer a un yerno. Si ella quiere casarse, que lo haga con el que le guste.

Todo el mundo soltó una carcajada, y Maruxo se

escurrió arrastrando su pata ladera abajo. Iba más contento que unas pascuas.

Estaba él seguro de que Melisa lo quería. ¿Por qué, si no, le sonreía siempre que se encontraban? ¿Por qué le preguntaba si sentía molestias en la pata que se había roto el día en que se conocieron? El miedo de Maruxo era a que su padre y hermanos le impidieran acercarse a ella. Como el padre había dado el consentimiento, todo se lo imaginaba el pobre raposo de color de rosa.

El sábado lo dedicó Maruxo a buscar a algún amigo o pariente que quisiera acompañarle para pedir la mano de su amada, y todos le daban una u otra disculpa para no ir con él. Al fin se dijo que ¿para qué necesitaba a nadie? ¡Él solo se bastaba!

El domingo, a pesar de que el agua del arroyo estaba ya fría, Maruxo se dio un buen baño en cuanto hubo comido en el basurero. Se restregó contra unas matas de hierbabuena para perfumar la piel, estuvo masticando un gran rato unas ramas de hinojo que aromatizaron su boca y salió silbando hacia la casa de Melisa seguido, a escondidas, por cuantos burladores estaban enterados de sus proyectos.

Llegado a las peñas, pidió permiso para entrar en la madriguera. Los varones de la casa habían salido, y sólo estaban allí Gumersinda y Melisa, que prefirieron salir a la puerta a ver qué embajada les traía el simplón del cojo.

–Yo -titubeó- tengo permiso de Generoso.

–¿Permiso para qué? –replicó airada Gumersinda.

–Para cortejar a su hija, y vengo a pedirla en matrimonio.

Al cuervo Nicolás, escondido entre las ramas de un roble, se le escapó la sonora carcajada.

La cara de Melisa se puso negra. Todo el cabello se le erizó, y la rabia recorría una a una hasta la más pequeña de sus venas.

La madre, llena de furia, arremetió contra el cojo a gruñidos y mordiscos. Al estruendo acudieron Óscar y Héctor que, enterados de la causa, la emprendieron a dentelladas con el atrevido tonto, hasta dejarle la piel como un colador. En uno de sus mordiscos, Héctor arrancó de cuajo la cola del pobre Maruxo que, como pudo, logró escapar río abajo hasta su covacha.



... arrancó de cuajo la cola del pobre Maruxo ...

Desde entonces, las ranas de la charca, cada vez que ven a Maruxo cerca cantan:

–“*El raposo Maruxo
no tiene rabo,
que, por buscarse novia,
se lo han cortado.*

*Al raposo Maruxo
falta un verano
que por eso está cojo
y no tiene rabo.”*

Maruxo estaba desolado. Se había quedado sin su amada Melisa que le miró con ojos de odio, rabia, furor y vergüenza. ¡Qué mirada le echó aquella criatura tan deliciosa!

Nemás, jamás se atrevería a pasar donde ella lo viera! ¡Ni ella ni ninguna de las otras zorritas, Balbina, Celia, Felisa, Sinda... y todas las demás!

Pasó todo el domingo y el lunes sin salir de su cobijo ni para comer: las heridas le dolían muchísimo... y había oído el revoloteo de los pajarracos negros esperando su salida para burlarse.

Pero, dos días sin comer son demasiados para Maruxo, a pesar de todos los dolores y la vergüenza que estaba pasando.

¡VOY A TIRARME AL PANTANO!

Cuando ya había anochecido, como el hambre comenzaba a apurarlo, nuestro cojo salió sigilosamente de su casa y, aún con más silencio si cabe, se acercó al estercolero. Estaba todo oscuro y, tanteando con la nariz, logró encontrar unos restos de chorizos podridos que alguien había tirado a la basura. Con ellos se conformó para la cena y regresó a su covacha.

Maruxo estaba desolado. Se había quedado sin su amada Melisa que le miró con ojos de odio, rabia, furor y vergüenza. ¡Qué mirada le echó aquella criatura tan deliciosa!

¡Jamás, jamás se atrevería a pasar donde ella lo viera! ¡Ni ella ni ninguna de las otras zorritas, Balbina, Celia, Felisa, Sinda... y todas las demás!

Pasó todo el domingo y el lunes sin salir de su cubil ni para comer: las heridas le dolían muchísimo... y había oído el revoloteo de los pajarracos negros esperando su salida para burlarse.

Pero, dos días sin comer son demasiados para Maruxo, a pesar de todos los dolores y la vergüenza que estaba pasando.

Cuando ya había anochecido, como el hambre comenzaba a apurarlo, nuestro cojo salió sigilosamente de su casa y, aún con más silencio si cabe, se acercó al estercolero. Estaba todo oscuro y, tanteando con la nariz, logró encontrar unos restos de chorizos podridos que alguien había tirado a la basura. Con ellos se conformó para la cena y regresó a su covacha.

El martes atisbó por entre las ramas que tapaban su cueva y vio de nuevo a las grajillas montando guardia para reírse de él si se decidía a salir. En vista de ello, no apareció por el día en toda aquella semana y la siguiente: solo por las noches se acercaba al vertedero de basuras para comer lo que encontrara, que siempre era lo que ya no habían querido el malvado cuervo Nicolás, las cornejas, las grajas, ni las urracas.

Más de dos semanas habían pasado y la tropa de burladores seguía esperando su aparición en pleno día para escarnecerle.

Espiando por las noches algunas conversaciones, se enteró Maruxo de que Melisa estaba avergonzadísima por lo que había ocurrido. Que solo salía de su casa lo indispensable, y que ciertos apuestos raposos que antes la andaban rondando habían dejado de acudir a su puerta. También supo que maldecía el momento en que “le había salvado a él la vida” y que se maldecía a sí misma por haber sido tan ingenua que hasta le daba conversación alguna vez.

Supo que Óscar y Héctor, los hermanos de la muchacha, habían dicho que solo arrastrando al cojo por todos los rincones del bosque, hasta matarlo, lavarían la afrenta que había causado a su hermana.

Tan acobardado se vio, tan triste y afligido, tan avergonzado e inútil, que decidió quitarse la vida.

Había oído que los hombres se mataban colgándose de una cuerda por el cuello, pegándose un tiro, o saltando desde las altas torres o los rascacielos, pero nada de esto servía para él, que no sabía hacer nudos, no tenía pistola y nunca había visto otra torre que la de la iglesia del poblado, y desde esa ni siquiera iba a romperse una pata, como cuando subió a comer la boda en el cielo.



... lo mejor era arrojarle en un gran pantano ...

Estuvo aún una semana más pensando en el mejor modo de quitarse la vida. Al fin sacó la conclusión de que lo mejor era arrojarse en un gran pantano que había a pocos kilómetros de su vivienda.

Conocía el embalse porque alguna vez, hacía mucho tiempo, había acudido al lugar con la esperanza de cazar los patos silvestres que por allí andaban con sus crías: lo único que había conseguido fueron unos cuantos remojones.

Estaba formado por una alta presa que cerraba el estrecho valle en el que se embalsaban durante todo el invierno las aguas que luego servirían para el riego. Las paredes laterales eran absolutamente escarpadas y allí se habían ahogado unos cuantos hombres y algunos animales.

Decidido a quitarse la vida, Maruxo salió una mañana de diciembre de su cubil. A las insistentes urracas, que no dejaron ni un momento de preguntarle cosas, les contó que estaba desesperado de la vida y que “se iba a tirar al pantano para ahogarse de una vez”.

Oída la noticia, los pájaros blancos y negros se alejaron rápidamente para pregonarla a los cuatro vientos. Poco después todo el bosque sabía que el raposo Maruxo se había marchado para matarse tirándose al pantano.

También a la casa de Generoso y Gumersinda había llegado la noticia y el corazón tierno de Melisa, pese a lo enfadada que estaba con el pobre animal, se conmovió ante la perspectiva de que se quitase voluntariamente la vida.

Era cierto que le había causado un bochorno terrible, pero no dejó de ser con buena voluntad. Todos decían que Maruxo, en el fondo, era un buenazo incapaz de hacer daño voluntariamente a nadie. En fin, que rogó a sus padres y hermanos que perdonaran al pobre cojo, como ella lo había perdonado, y hasta consiguió que sus hermanos salieran inmediatamente hacia el embalse para decir a Maruxo que no temiera nada, que no iban a tomar venganza alguna contra él, con tal de que jamás, jamás volviera a dirigir la palabra a su hermana.

Todo el mundo estaba conmovido con el suicidio del raposo. Hasta pensaron en hablar con la cigüeña para que pusiera un poco de vergüenza a las ranas de la charca, que tanto lo insultaban.

Héctor y Óscar llegaron al gran muro y, por más que miraban en una y otra dirección, no lograban dar con Maruxo, ni vivo ni muerto. Nadie de los que por allí andaban supo darles razón de él, por lo que decidieron regresar al bosque para comunicar la noticia de su desaparición.

Pero el bueno de Maruxo, en lugar de encaminar

sus pasos a la alta presa, decidió que era mejor ahogarse en la cola del embalse, que estaba más cerca.

Pese a su cojera, no había pasado una hora cuando Maruxo llegaba al agua embalsada y dio unos cuantos paseos por la orilla, pensando en lo desgraciado que era.

Por fin decidió que había llegado su hora. Entonó con toda la potencia de su voz chillona el canto fúnebre y se encaminó al agua.

Entretanto, los vecinos de Maruxo habían organizado una batida en toda regla para encontrar al cojo: Hasta el señor lobo, desde lo más alto de la montaña cercana, lanzó su aullido de alarma para que todos colaboraran en la búsqueda.

Se comenzó por las zonas más próximas a la presa y, aunque a regañadientes, hasta el cuervo Nicolás, las urracas y las chovas tuvieron que colaborar sobrevolando los acantilados y escudriñando los recodos del agua, por si el cuerpo del infortunado estaba en ellos.

Pasaron aviso a la nutria Hermelinda y a su esposo Temístocles para que vinieran desde el río a bucear en el pantano hasta encontrar su cuerpo, pero eran demasiado lentas, por tierra, y no llegarían hasta el día siguiente.

Las jóvenes zorritas, Celia, Felisa, Sinda..., que se burlaban de él, no dejaban de reconocer el buen corazón

de Maruxo. Todos estaban consternados. Lamentaban mucho las burlas que habían hecho al pobre zorro, y todo el mundo encontraba virtudes en él, ahora que estaba muerto.

Llegado el atardecer, cada cual volvió a su madriguera, esperando continuar, al día siguiente y con la ayuda de las dos nutrias, la búsqueda del cadáver.

Muy de mañana las raposas viejas decidieron adecentar el cubil de Maruxo para, cuando encontraran su cuerpo, poder tenerlo allí con cierto decoro, y se dirigieron hacia la maloliente covacha. Se entretuvieron un rato a la entrada comentando que ¿cómo iba a presentar un buen aspecto el pobre muchacho, si nadie se había ocupado nunca de él?

Apenas habían entrado se dieron cuenta de que, tiritando de frío en un rincón de la cueva, se encontraba el cojo, empapado de agua.

Enseguida le preguntaron por su salud y le proporcionaron todos los cuidados que se dan a un enfermo.

Los vencejos se encargaron de llevar la noticia de la aparición de Maruxo a todas las brigadas que lo andaban buscando y todos los vecinos acudieron a la puerta del cubil para saber la causa de que aún estuviera vivo.

—Yo fui a matarme al pantano -dijo Maruxo- pero

estaba tan fría el agua, que me dije que mejor era dejarlo para el verano, cuando el agua esté calentita.

Ya, no solo las ranas, sino hasta la cigarra, don grillo y los saltamontes cantan esta canción:

–“¿El raposo Maruxo
se ha suicidado
arrojándose al agua
en el pantano?
¡Como el agua está fría
ni se ha mojado!

*El presunto suicida
no tiene cola,
que se la han arrancado
por buscar novia.*

*Al raposo Maruxo
falta un verano,
que por eso está cojo
y no tiene rabo.”*

Mucho tardó el bueno de Maruxo en recuperarse de tan mal trago. Muchas fueron las burlas que hubo de soportar por parte de unos y de otros.

Los que más consideración tenían con el pobre raposo eran los más fuertes convecinos: el señor lobo, los zorros Oscar y Héctor, que por entonces ya se habían casado con Celia y Balbina, habían excavado unas magníficas madrigueras y se afanaban como locos en buscar comida para los diez raposillos que juntaban entre los dos. También la señora Águila Imperial se abstenía de burlarse del pobre cojo, al igual que doña Cigüeña.

En cambio, la gente ruin y de pocas fuerzas, aquella que no se atrevía a plantar cara a un enemigo de verdad, era la que se regocijaba en burlarse de Maruxo, insultándolo una y otra vez y recordándole sin cesar sus descalabros. El cuervo Nicolás, las urracas, las chovas, las ranas y la cigarra eran los más insultantes.

SE NOS CASA MARUXO

Entre las viejas raposas que habían acudido a su covacha para adecentarla el día en que se tiró al pantano estaba Rosalia, una zorra tuerta y cana, pero más astuta que una legión de avispa.

Mucho tardó el bueno de Maruxo en recuperarse de tan mal trago. Muchas fueron las burlas que hubo de soportar por parte de unos y de otros.

Los que más consideración tenían con el pobre raposo eran los más fuertes convecinos: el señor lobo, los zorros Óscar y Héctor, que por entonces ya se habían casado con Celia y Balbina, habían excavado unas magníficas madrigueras y se afanaban como locos en buscar comida para los diez raposillos que juntaban entre los dos. También la señora Águila Imperial se abstenía de burlarse del pobre cojo, al igual que doña Cigüeña.

En cambio, la gente ruin y de pocas fuerzas, aquella que no se atrevía a plantar cara a un enemigo de verdad, era la que se regocijaba en ensañarse con el zorro rabón, insultándolo una y otra vez y recordándole sin cesar sus descalabros: El cuervo Nicolás, las urracas, las chovas, las ranas y la cigarra eran los más insultantes.

Entre las viejas raposas que habían acudido a su covacha para adecentarla el día en que se tiró al pantano estaba Rosalía, una zorra tuerta y cana, pero más astuta que una legión de avispa.

Estaba viuda hacía cuatro años y se las apañaba para sobrevivir ella y para que no pasara hambre su hija Rosario, que había nacido un poco contrahecha de las patas traseras y no era capaz de correr tras un conejo. Tampoco Rosalía podía hacerlo... que los años no pasan en balde, pero, con su astucia, como ella decía:

—“Si yo no puedo pillar a los conejos, ¡que me pillen los conejos a mí!”

Y a menudo caía alguno entre sus escasos aunque bien afilados dientes. ¡Cuestión de estratagemas!

El caso es que la viuda, apenada por la situación del pobre Maruxo, no dejó ni un solo día de venir a visitarlo a su cubil.

Ella se encargaba de barrer la cueva y de alejar de allí los desperdicios malolientes de comida que el cojo había dejado. Ella consiguió que Maruxo se lavase garras y hocico cada vez que regresaba de hartarse.

En la casa de la viuda, por aquellos días, el palique entre las dos zorras era constante, y las discusiones llegaron a ser fuertes, aunque jamás una palabra se dijo más alta que otra: nadie pudo nunca oír desde fuera lo que se hablaba dentro de la guarida.

La madre no dejaba de alabar la bondad de carácter de Maruxo, su fuerza y su buena disposición.

La hija replicaba:

—¡Pero si es el más tonto de todo el valle!

—Tú eres la moza más lista. ¿Y para qué te sirve? Además de listos hay que ser fuertes, si quieres sobrevivir. Si aplicas tu inteligencia a la fuerza de Maruxo, verás cómo conseguís vivir muy bien.

Entre dimes y diretes, la astuta tuerta fue convenciendo a su hija para que no hiciera ascos al trato con el rabón.

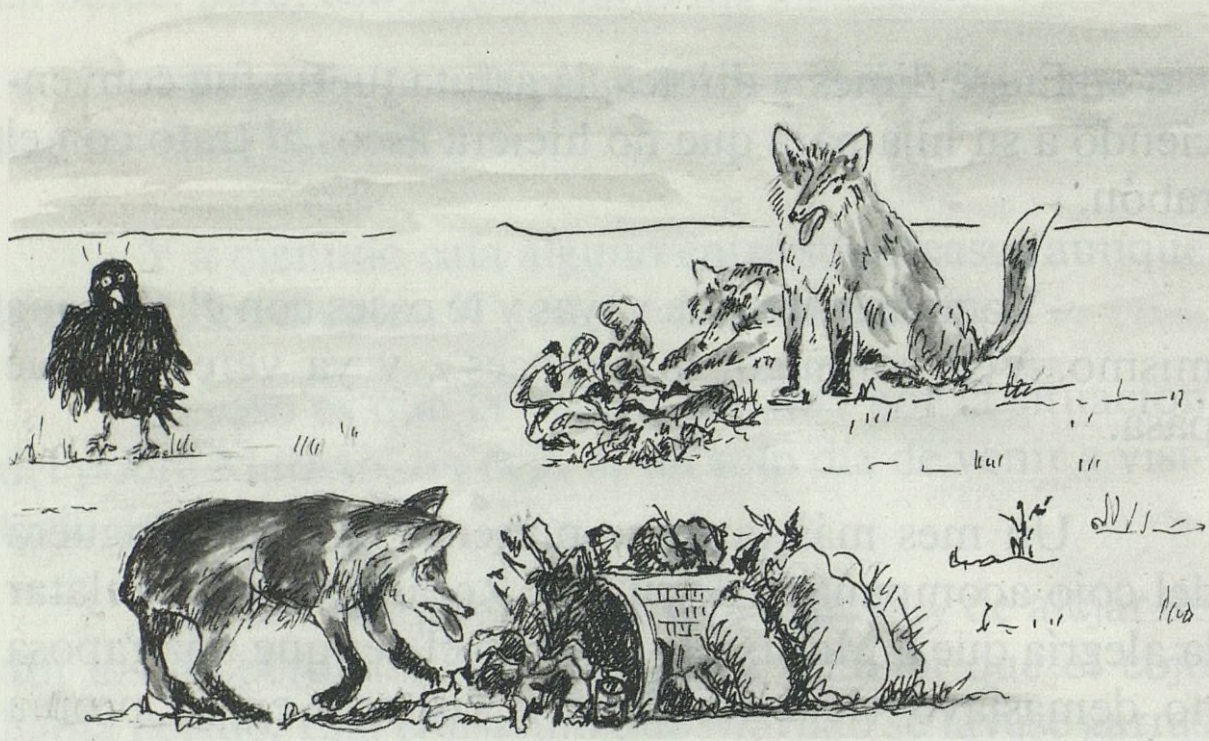
—Yo no te pido que vayas y te cases con él mañana mismo. Ven conmigo, lo conoces... y ya veremos qué pasa.

Un mes más tarde se presentó en la madriguera del cojo acompañada de su hija Rosario. Excuso relatar la alegría que a Maruxo le produjo el ver que una raposa no demasiavo vieja accediera a visitarlo en su propia cueva.

Tanta emoción le causó que descubrió a sus invitadas el camino del basurero donde él conseguía diariamente su alimento.

Con ayuda de las dos logró que el sinvergüenza de Nicolás tuviera que guardar cola para poder comer: Maruxo se encargaba de desenterrar cuantos comestibles pudieran venir entre los desperdicios del poblado, y las raposas los ponían en un montón y cuidaban que nadie se acercase a ellos hasta que todo estaba listo. Entonces

los tres, cargados con el botín, se acercaban al arroyo, limpiaban bien la comida, que tanto Rosalía como Rosario para las cosas de comer eran limpias como la patena, y se daban el gran banquete.



... que Nicolás tuviera que guardar cola ...

Ellas por su parte siempre se las arreglaban para traer moras, cerezas, fresas silvestres, arándanos o algún otro delicioso postre con que obsequiar al cojo.

Llegado el verano, las ranas volvieron a la carga cada vez que Maruxo se acercaba a la laguna:

—Que si no tiene cola, que si le falta un verano, que si...

Rosalía, que nunca andaba demasiado lejos del rabón, esperó a que éste se alejase del agua y le aleccionó convenientemente.

Al día siguiente, el zorro se fue acercando a la charca con paso cansino, cubierto de polvo, y con aspecto de encontrarse en las últimas. A cinco o seis metros del agua, se dejó caer entre los juncos jadeando y allí quedó tendido.

Las estúpidas ranas, en cuanto vieron de lejos a Maruxo, comenzaron a insultarlo con toda la fuerza de sus pulmones. Al verlo cansino, redoblaron sus gritos. Cuando lo vieron caído en el suelo, se acercaron a él y saltaban a escasos centímetros de su cabeza para provocarlo, sin que el pobre cojo moviera ni una sola pata.

Los atrevidos batracios, que ya sabían lo inútil que Maruxo era para la caza, llegaron a saltar sobre él una y otra vez, y casi quedó desierta la charca: Toda la población de ranas bailaba y cazaba moscas alrededor del zorro.

Entretanto la astuta Rosalía y su no menos lista hija, se habían acercado sigilosamente por la orilla del agua, cortando la retirada a los anfibios.

A una señal de la vieja zorra, Maruxo lanzó su zarpa y una gruesa rana que se había distraído con el ruido procedente del otro lado, terminó destrozada por un mordisco del raposo.

Todas las ranas, alarmadas, comenzaron a dar grandes saltos hacia el agua, pero allí estaban las dos zorras que hicieron una buena cosecha: ¡Doce ranas fue el botín de aquél día!

Sirvieron de aperitivo para el almuerzo del domingo en que los tres dieron buena cuenta de un par de abortos de cabra que Maruxo había encontrado entre las basuras.

La amistad con las dos zorras fue refinando al cojo, que jamás volvió a aparecer en público desaseado. Adelgazó un poquito, porque ellas le obligaban a dar largos paseos y a correr tras las codornices: ya sabían ellas que era casi imposible cazar una, pero así se mantenía en forma. Era una manera de hacer ejercicio que hasta podía proporcionar, tal vez, alguna pieza que estuviera herida por algún disparo.

Maruxo se sentía a gusto con Rosario, y Rosalía sabía retirarse discretamente para que los dos hablaran largo y tendido de sus cosas.

Como el cojo no terminaba de decidirse, fue la zorra la que tomó la iniciativa de hablarle de matrimonio.

No estaba demasiado animado el rabón: una cosa era charlar amigablemente con Rosario y su madre, y hasta compartir con ellas la comida, que se había hecho más abundante desde que las astutas zorras lo acompañaban, y otra muy distinta pensar en alimentar a las raposas y a toda una camada de raposillos.

A pesar de ello, la zalamera raposa fue tan convincente que Maruxo aceptó el proyecto de matrimonio.

Mantuvieron bastante en secreto el noviazgo, por consejo de la vieja Rosalía, intentando que nadie se burlara de sus proyectos de matrimonio.

Maruxo era partidario de una boda en secreto, sin decir nada a nadie: estaba muy escamado de lo que le había ocurrido con Melisa. Además que...

—“¿Por qué gastar nada en invitar a su boda a nadie? A él tampoco le habían invitado”.

Rosalía en cambio fue muy convincente al argumentar:

—“En secreto sólo se casan los que tienen algo que ocultar. Y mi hija ha sido siempre muy decente. ¡El día que decida casarse lo hace como Dios manda o no lo hace!»

En cuanto al problema del banquete de bodas, las dos raposas tranquilizaron a Maruxo: ya encontrarían ellas el medio de hacer la mejor boda de todo el bosque. ¡Faltaría más!

Pese a las precauciones, había mil ojos que observaban el refinamiento del cojo, las atenciones que prestaba a sus dos acompañantes, lo bien que se llevaban los tres. Se montó una red de espionaje, a cargo de los mur-

ciélagos por la noche y de los vencejos por el día, y pronto supieron todos que Maruxo y Rosario se iban a casar.

Ya se había pasado el tiempo de las burlas chabacanas contra el raposo, en las que tomaban parte hasta las croantes ranas.

No obstante, tampoco les faltaron coplillas alusivas a su noviazgo. No faltan en ninguna boda, mucho menos podía ocurrir cuando el novio era alguien tan vapuleado por los burladores como el raposo Maruxo.

Pese a todo, los cantores no se excedían en el tono, limitándose a darle cierta guasa a su canción. La cojera de Maruxo, la suegra tuerta, y el rabo del novio no dejaron de estar presentes de todas formas:

*“El raposo Maruxo
ya tiene novia,
es la hija de la tuerta
quien lo enamora.*

*Al raposo Maruxo
ya le han cazado
que, aunque rabón y cojo,
tiene su gancho.*

*Si cojo es el galán,
la suegra es tuerta
y la novia, iqué suerte!,
es contrahecha.*

La vida transcurría muy plácidamente para el pueblo de Maruxo durante la primavera. Su noviazgo con Alvario ya era conocido por todo el valle, y a más de uno le habrían costado un disgusto las bromas que intentó gastar. A lista no había en el convento quien ganara a la vieja Rosalia y a mala uva, cuando se reían con ella, zambullán.

El cuervo Nicolás, que se permitió decirle desde el alero del basurero una grosería al rabón sobre si su novia era contrahecha, recibió un mordisco en un ala por parte de la vieja tuerta, que se le había acercado por detrás. Y dejó sus buenas cinco plumas y estuvo en un tris de dejar la vida.

Desde ese día, el pajarrao no dejó de meter cizaña, pero, delante de los tres, se hizo el más servil de los volátiles. Las urracas, cuando le veían, se le acercaban, dándole, dándose cuenta de que las cosas eran ahora distintas.

¡A LAS RICAS SARDINAS!

La astuta tuerta, después que hubo puesto a punto los músculos del zorro a base de perseguir a codornices y perdices, medio en broma medio en serio comenzó a decir que la cueva de Maruxo era muy estrecha en tal sitio, muy baja en tal otro, o que convenia labrar una alcoba en el fondo.

La vida transcurría muy plácidamente para el bueno de Maruxo durante la primavera. Su noviazgo con Rosario ya era conocido por todo el valle, y a más de uno le habían costado un disgusto las bromas que intentó gastar: A lista no había en el contorno quien ganara a la vieja Rosalía y a mala uva, cuando se metían con ella, tampoco.

El cuervo Nicolás, que se permitió decirle desde el muro del basurero una grosería al rabón sobre si su novia era contrahecha, recibió un mordisco en un ala por parte de la vieja tuerta, que se le había acercado por detrás. Allí dejó sus buenas cinco plumas y estuvo en un tris de dejar la vida.

Desde ese día, el pajarraco no dejó de meter cizaña, pero, delante de los tres, se hizo el más servil de los volátiles. Las urracas, chovas y grajillas no tardaron en secundarle, dándose cuenta de que las cosas eran ahora distintas.

La astuta tuerta, después que hubo puesto a punto los músculos del zorro a base de perseguir a codornices y perdices, medio en broma medio en serio comenzó a dejar caer que la cueva de Maruxo era muy estrecha en tal sitio, muy baja en tal otro, o que convenía labrar una alacena en el fondo.

Total, que Maruxo, sin darse cuenta, había agrandado su cubil de forma muy notable y lo había hecho acogedor. Las dos zorras se encargaron de sacar la tierra arrancada por las fuertes uñas del raposo y de distribuirla disimuladamente por los alrededores de la entrada, de tal forma que era difícil que alguien se diese cuenta de las obras de construcción que allí se efectuaban.

Además que esta tierra, bien repartida, contribuyó no poco a que la maleza que disimulaba la entrada de la madriguera se hiciera más densa y protectora.

Por si acaso, Rosario y Rosalía, so capa de que tal vez necesitasen una nueva guarida, comenzaron a excavar una cueva detrás del matorral de zarzas. A los pocos días el nuevo agujero comunicaba por una galería lateral con la zorrera del cojo, que así disponía de una segunda salida de emergencia.

Cuando llegó el mes de junio, Maruxo contaba con una de las casas más acogedoras y seguras de toda aquella zorrería. Y, lo que era más importante, el constante ejercicio y la buena alimentación le habían proporcionado una fuerza tal que ni uno solo de los valientes raposos se atrevía a hacerle frente.

Todos suponían que seguía siendo medio listo y medio tonto pero, como se dejaba guiar por “las dos Rosas” (Rosalía y Rosario) que eran más listas que el hambre, si él era tonto, nadie lo notaba.

Sucedió por aquellos días que se despeñaron en el monte cuatro o cinco ovejas, y todos los carnívoros se apresuraron a acudir al festín. Héctor, que criaba su segunda camada de raposines, andaba bastante apurado para alimentarlos.

Con la natural alegría, se hizo con el cuarto trasero de una de las ovejas y lo llevaba, arrastrando unas veces y a las espaldas otras, hacia su madriguera. Mas hete aquí que la vieja loba Remigia se le cruzó en el camino reclamándole la presa. El raposo no se atrevía a enfrentarse con la canosa fiera, por medio desdentada que estuviese, pero necesitaba aquella comida para su prole, así es que intentó defender lo que era suyo.

Al ruido acudió su hermano Óscar y entre los dos plantaron cara a la loba, pero un solo bocado de la fiera dio con Héctor a ocho metros de distancia. Su hermano logró hacer presa en un corvejón de Remigia, pero cada movimiento de la vieja era una costalada para el pobre raposo, que ya no soltaba la presa, no por seguir luchando, sino por miedo al mordisco que iba a recibir de la airada fiera.

En esto apareció por allí Maruxo, bien acompañado de sus dos amigas, y decidió intervenir en la lucha: cuando la loba acababa de morder una de las patas de Óscar con su único colmillo, el cojo aprovechó para clavarle los dientes en el cuello. El bocado debió hacer mucho daño a su enemiga, porque, aullando de dolor y sangrando a borbotones, emprendió un trote de retirada.



... para clavarle los dientes en el cuello ...

Los raposos se dieron por satisfechos con esto y Héctor llevó su botín al cubil, donde hubo una gran alegría. Excuso relatar los agasajos de que Maruxo fue objeto en aquella tarde de verano. Hasta Melisa acudió a darle las gracias, atentamente vigilada por Rosario, a la que no hizo demasiada gracia la sonrisa que la joven zorra dedicó a su prometido. Nuestro amigo estuvo muy comedido y replicó que no hacía sino devolver los favores. Procuró retirarse pronto a la espaciosa madriguera, alegando que tenía mucho trabajo a la mañana siguiente.

Los novios fijaron su boda para mediados de septiembre, pero el rabón seguía preocupado por el banquete: ¿Qué iban a poner de comer, dado que él, como cazador, era totalmente nulo?

Las dos zorras lo tranquilizaron diciendo que ellas iban a proveer los víveres para el mejor banquete del contorno. Que lo único que le iba a tocar a Maruxo

era transportarlos hasta su madriguera. Le extrañó mucho al raposo, pero tantas pruebas le habían dado de su astucia, que las dejó hacer sin rechistar.

La tuerta y su hija llevaban varios días siguiendo a un buhonero que, con su carro de mulas, andaba de pueblo en pueblo vendiendo salazones, conservas y ultramarinos. Un anochecer llamaron a Maruxo y le explicaron su plan.

Al día siguiente, muy de mañana, cuando el carretero acababa de salir de un poblado y aún le quedaban cinco kilómetros de camino entre matorrales para llegar al próximo, vio tirado en el suelo el cuerpo de una zorra. Se bajó del carro, le dio una patada y se dijo:

—Una zorra muerta. Pues al carro, que ya la desollaré esta tarde. ¡Tiene una hermosa piel que vale dinero!

Y así lo hizo, tiró a la zorra para el carro y se subió de nuevo al pescante.

Rosalía, que no era otra la raposa a quien había tirado para el carro el buhonero, creyéndola muerta, apenas se vio entre tantos alimentos, comenzó a tirar al camino sardinas en salazón, bacalao, quesos, chorizos, chocolate y cuantas cosas deliciosas allí había.

Maruxo y Rosario venían detrás recogiendo la mercancía y escondiéndola entre los matorrales en montones bien guardados.

Cuando la tuerta lo consideró oportuno, un salto y ya estaba con sus amigos.

Aquel día lo dedicaron los tres a transportar la gran cantidad de alimentos hurtados al buhonero a la guarida del cojo. Todo quedó cuidadosamente colocado en la alacena que Rosalía había hecho excavar al zorro, perfectamente disimulada detrás de una gran raíz de castaño que atravesaba la cueva.

Al día siguiente, los tres amigos acudieron a una viña cercana y transportaron hasta la madriguera una gran cantidad de racimos de doradas uvas.

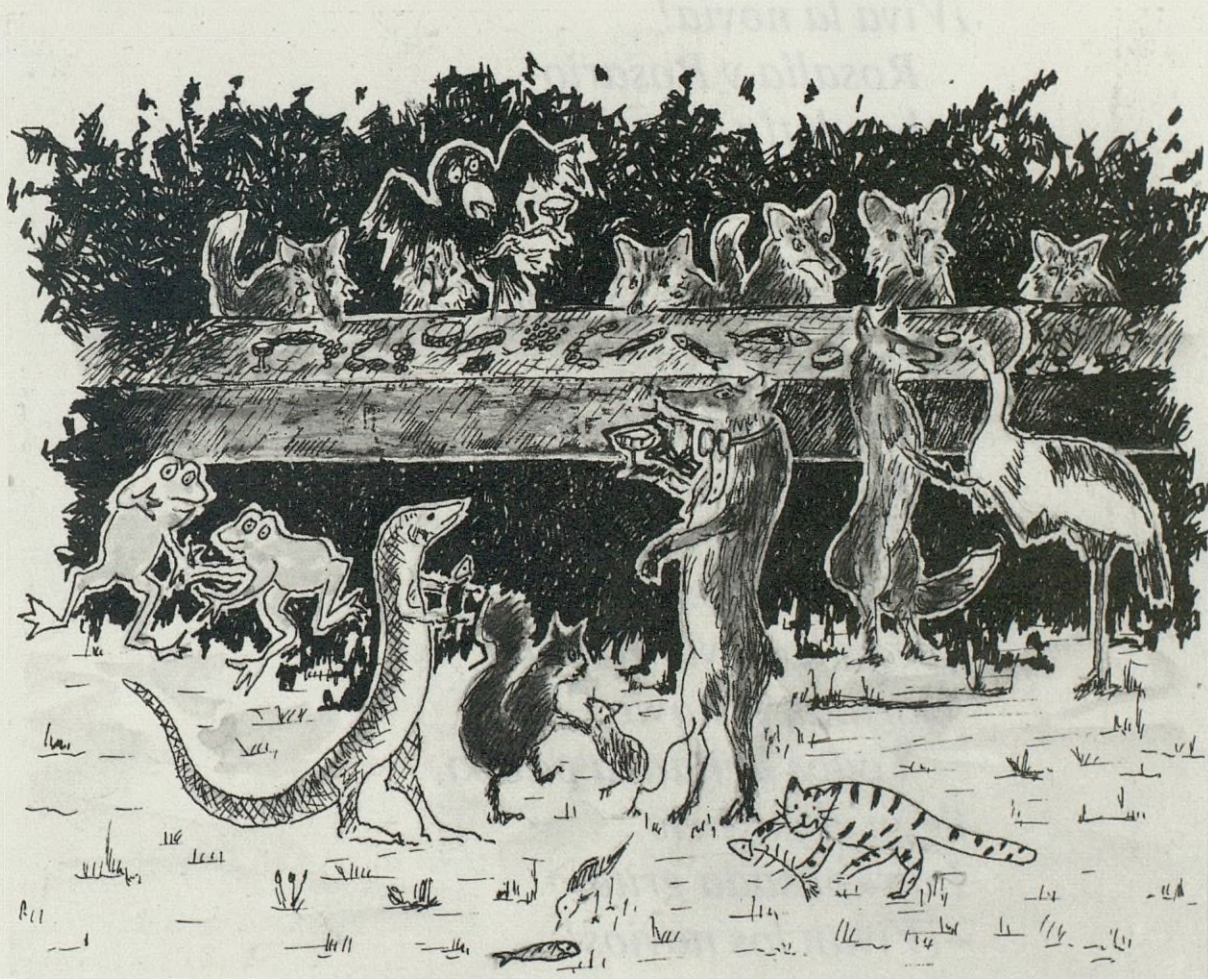
Llegado el día de la boda, el banquete se celebró en el pequeño prado que había delante de la madriguera del rabón, rodeado de majuelos y zarzas, pero con no menos de cinco salidas que nuestros tres amigos conocían perfectamente, por si era necesaria una rápida huida.

Allí dispusieron las dos zorras, convenientemente colocados, chorizos, morcillas, quesos, pastillas de membrillo y chocolate y otras muchas viandas.

Sobre todo, porque es la golosina preferida de todos los raposos, una ración de cinco sardinas arenques para cada uno de los comensales, que fueron todos los zorros y raposas que habitaban en aquel valle; imás de cincuenta se sentaron a la mesa y a nadie le faltó su racimo de uvas como postre!

Las zorras viejas, que habían estado en la raposera de Maruxo el día de su suicidio, insistieron una y otra vez en visitar de nuevo la vivienda, pues sabían que había sido remozada, pero Rosalía fue inflexible en eso. Ni una sola pudo entrar en aquellos reservados dominios; tenía ella muchas cosas buenas guardadas en la alacena, como para permitir que nadie se enterara de lo que se guisaba por allí.

De la boda de Maruxo y Rosario quedó memoria por muchos años: nadie había celebrado una boda tan rumbosa.



... hasta para los gorriones y grajillas quedaron migajas ...

Hasta para los gorriones y grajillas quedaron migajas y nadie los molestó mientras limpiaban el prado de los restos de comida.

Cuando tuvieron bien llena la barriga, enseguida surgieron los cantores e improvisaron estas coplillas que ahora se oyen muchos días, al atardecer, por los bosques vecinos:

A Maruxo también

llegó su boda,

y Maruxo se casa.

¡Viva la novia!

Rosalía y Rosario

saben latín.

¡Que el raposo Maruxo

viva feliz!

Si tú quieres sardinas,

pide a Maruxo,

que el día de su boda

bastantes hubo.

Yo nunca vi tal boda

de unos raposos,

que es la novia Rosario,

Maruxo, el novio.

Todos llenan la panza,

llega el jolgorio.

La raposada grita:

—¡Vivan los novios!

Pasada la boda, la pareja pudo disfrutar unos cuantos días de asueto y de intimidad. Rosalía, pretextando no sé qué arreglos que tenía que hacer en su antiguo cubil, y la necesidad de recoger sus pertenencias para instalarse en la galería contigua a la casa de su hija, que ya tenía preparada, les dejó solos durante un par de semanas.

Como la despensa estaba bien repleta, los recién casados no tenían necesidad de cazar ni de acudir al basurero, y se pasaban el día jugando en el prado, en el arroyo, persiguiéndose el uno al otro, o descansando en la cómoda y fresca raposera.

Hasta parecía que Maruxo ya no era casi cojo y de Rosario resultaba muy difícil decir en qué estaba contrahecha.

MILÍS

Los días empezaban a hacerse más cortos y la tuerca decidió regresar junto a su hija. Aunque fue muy bien recibida, Rosalía era de la opinión que "el casado casa quiere", así es que se instaló en la raposera de atrás, que comunicaba con la de Maruxo y le servía como salida de emergencia, pero estaba muy independiente del hogar de los dos desposados.

Pasada la boda, la pareja pudo disfrutar unos cuantos días de asueto y de intimidad: Rosalía, pretextando no sé qué arreglos que tenía que hacer en su antiguo cubil, y la necesidad de recoger sus pertenencias para instalarse en la galería contigua a la casa de su hija, que ya tenía preparada, les dejó solos durante un par de semanas.

Como la despensa estaba bien repleta, los recién casados no tenían necesidad de cazar ni de acudir al basurero, y se pasaban el día jugando en el prado, en el arroyo, persiguiéndose el uno al otro, o descansando en la cómoda y fresca raposera.

Hasta parecía que Maruxo ya no era casi cojo y de Rosario resultaba muy difícil decir en qué estaba contrahecha.

Los días empezaban a hacerse más cortos y la tuerta decidió regresar junto a su hija. Aunque fue muy bien recibida, Rosalía era de la opinión que “el casado casa quiere”, así es que se instaló en la raposera de atrás, que comunicaba con la de Maruxo y le servía como salida de emergencia, pero estaba muy independiente del hogar de los dos desposados.

En octubre la comida era abundante: el basurero siempre aportaba carne, las dos raposas hacían buen acopio de ratones campestres y topillos de las nuevas camadas, que aún no sabían esconderse a tiempo, y las moras de los zarzales y otros frutos silvestres suponían un exquisito postre.

Con los primeros fríos de noviembre, comenzaron a surgir algunas complicaciones alimentarias, pese a que el basurero siempre aportaba algo. Hubo que empezar a rondar la aldea, por las noches, en busca de algo sustancioso que llevarse a la boca.

Los ratones caseros solían estar más gordos y sabrosos que los campestres. Además que, en cuanto salían de un edificio eran más tontos que una rana: no sabían buscarse escondrijos naturales entre los arbustos espinosos, como hacían los de campo. Eran más fáciles de cazar, y las dos “Rosas” daban buena cuenta de ellos.

También Maruxo, pese a que no eran la astucia ni la agilidad de movimientos sus principales cualidades, contribuía a la caza. Aunque menos que las zorras, también él aportaba algún que otro ratón a la raposera.

Sin embargo, tal fuente de proteínas frescas comenzó a escasear de forma alarmante: Milís, un enorme gato de Angora que había traído al poblado el nuevo cura, era muy aficionado a la caza de ratones en huertas cercanas a las casas.

Podía el minino cazar allí de día y de noche, porque los humanos lo respetaban, mientras que los tres raposos solo podían acercarse por la noche y muy a escondidas: si alguien los hubiera visto, habría dado la alarma, y... las escopetas de caza eran más peligrosas que todos los lobos juntos.

En resumen, las dos zorras tendieron emboscadas unas cuantas veces al incómodo rival, pero sin resultado alguno. El gato, a la más mínima señal de peligro, daba un gran salto hasta la copa del árbol más cercano en el que permanecía toda la noche, o corría a toda velocidad hasta una ventana rota por la que penetraba en el interior de la casa rectoral, dejando a Rosalía y Rosario con dos palmos de narices.

En la gran raposera había un tema de conversación constante: era necesario quitarse de enmedio al peligroso rival, aparte de que la carne de gato era sabrosísima. Se tomó una decisión drástica: ¡Hay que acabar con Milís!

Por otra parte, el gato Milís era casi tan grande como las raposas, y muy fuerte, con lo que ninguna de las dos se atrevía a enfrentarse individualmente con él.

Maruxo fue el encargado de atrapar al gigantesco gato. No le hacía demasiada gracia al cojo la misión que sus dos zorras le habían encomendado. Pensaba en las afiladas uñas de Milís que, indiscutiblemente, por bien

que acertara a morder en su lomo, habrían de clavársele. Eso sin contar con que era posible que también el gato pudiera a su vez hincar sus colmillos en las carnes del raposo. Con el encargo de cazar a Milís, llegó el desasosiego al pobre rabón.

Pese a que remoloneó cuanto pudo, hacia Navidades no hubo más remedio que aceptar la propia responsabilidad y secundar el plan trazado por la tuerta.

Haciendo de tripas corazón, y por no quedar como un cobarde ante Rosario, Maruxo se agazapó al anochecer muy cerca del hueco de la ventana rota que ya había aprovechado el gato en varias ocasiones para huir de las dos raposas, y así esperó toda esa noche, sin que el gato se dejara ver por aquella huerta.

Una semana entera llevaba Maruxo esperando inúltimente a su enemigo: el gato se había dedicado por entonces a cortejar por los tejados a una hermosa gata rayada que vivía en la misma manzana, y estaba completamente olvidado de la caza.

Ya de madrugada, fue descubierto en mitad de la gran huerta del cura por las dos zorras, que colaboraban en la cacería. Venía Milís muy erguido, alegre y sin el más mínimo ánimo de cazar: simplemente estaba dando un paseo antes de retirarse.

Desde unos cien metros de distancia, asomando su hocico por encima de la cerca de piedra, Rosalía gritó al gato:

—¿A dónde vas, Milís?

¡A **mexiare**! (*) -contestó el gato, con sumo desprecio por la zorra a la que, desde tanta distancia, estaba seguro de poder dar esquinazo cuando quisiera.

—¿Dónde **mexiabas** todas estas noches?

—En la huerta o en el tejado. Yo necesito espacio abierto para ello.

Entretanto, por otro extremo de la huerta apareció Rosario que, fingiendo sorpresa por el diálogo de su madre con el gato, intervino diciendo:

—¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué discutes con un asqueroso gato, madre?

Milís, que se sentía siempre muy superior a todos los raposos del mundo, estaba hoy demasiado orgulloso, después de haber cortejado durante toda una semana a la gata rayada, para soportar que una zorra contrahecha le llamase asqueroso.

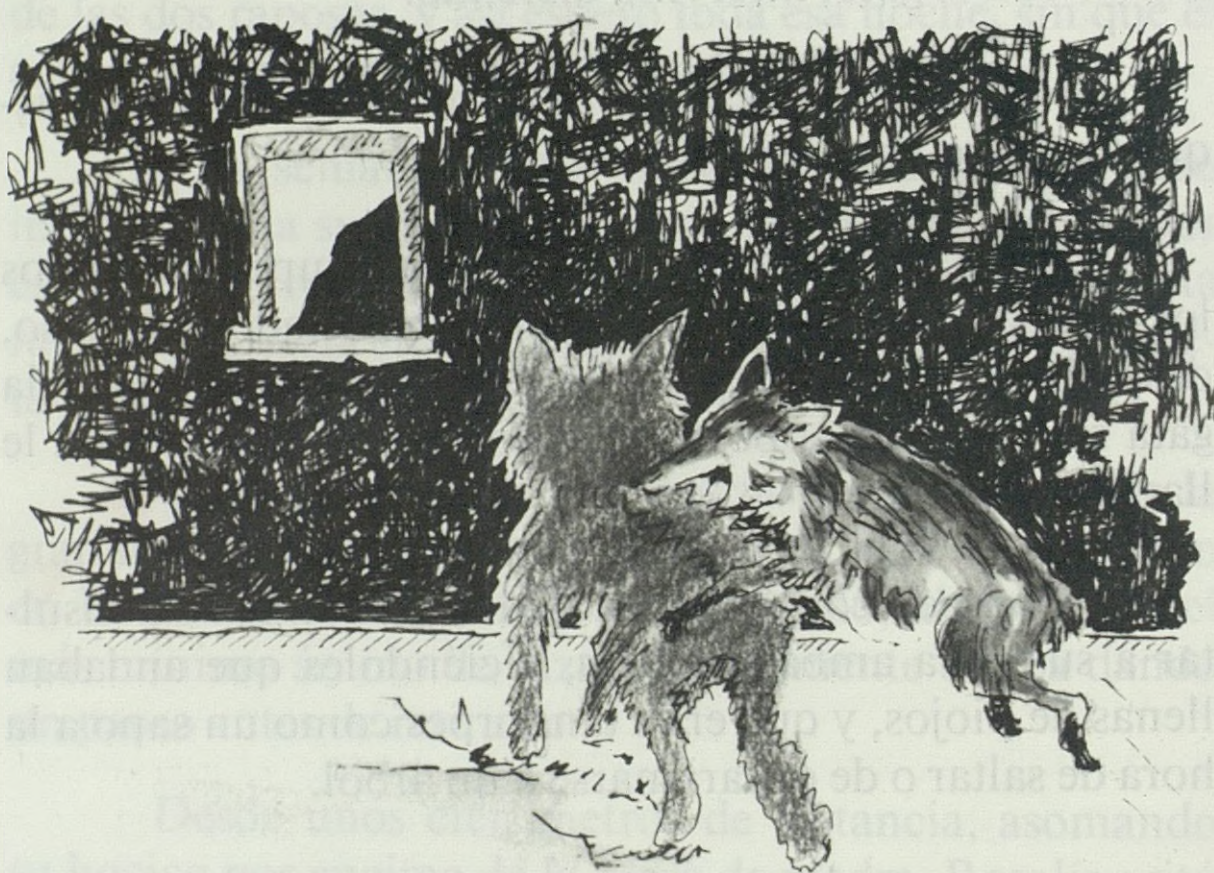
Bufando con amenazadora rabia comenzó a insultar a su vez a ambas raposas, diciéndoles que andaban llenas de piojos, y que eran tan torpes como un sapo a la hora de saltar o de encaramarse a un árbol.

(*) *Voz dialectal de la montaña astur-leonesa que significa 'orinar'.*

Pero las raposas no perdieron la ocasión de aproximarse al gato mientras este desgranaba insulto tras insulto.

Cuando Milís se dio cuenta de la maniobra de aproximación que las dos Rosas habían emprendido, con parsimonia y sin perderlas de vista, comenzó a caminar hacia la ventana salvadora.

Estaba ya a escasos metros del lugar en que Maruxo le esperaba, cuando Rosalía y Rosario emprendieron una veloz carrera como si pretendieran ser ellas quienes dieran caza al felino. Este ya dejó de tomar precauciones y corrió con todas sus fuerzas hacia la ventana.



... las mandíbulas de Maruxo se cerraron sobre su cuello ...

Tres metros, quizá cuatro, separaban al minino del hueco salvador. Encogió sus patas y se dispuso a dar el ágil salto que le pusiese a salvo.

En ese preciso instante, cuando aún estaba enco-
giendo sus miembros, las mandíbulas de Maruxo se ce-
rraron sobre su cuello como una tenaza.

Milís sintió el mordisco como si de un hierro can-
dente se tratara. La fuerza del zorro apenas si le permitía
respirar. En un supremo esfuerzo retorció todo su cuerpo
y logró clavar las uñas de su pata posterior derecha en el
ojo derecho del zorro.

El dolor se hizo insoportable para Maruxo, que
aflojó la presión de sus dientes, momento en que el félido
pudo morder a su vez la mano izquierda del raposo con
tal fuerza que hubo de soltar su presa.

A trancas y barrancas Milís consiguió ganar la
ventana rota de la casa parroquial antes de que las dos
zorras llegasen para ayudar a Maruxo en su caza. Por
aquella vez se había salvado.

El pobre Maruxo hubo de soportar los reproches
de su esposa y de su suegra, además de sufrir una enorme
llaga en el ojo derecho que le privó de casi toda la visión.
Sin embargo, y por consejo de Rosalía, nadie en el bos-
que llegó a saber tal aventura y tampoco supieron que
Maruxo había quedado casi tuerto.

De todos modos no fue inútil la cacería. Milís aprendió bien la lección y jamás se atrevió a aventurarse por la noche fuera del poblado.

Rosario, que cazó con total libertad en las huertas de la aldea durante aquel invierno, viendo asomar por la ventana rota de la casa del cura una oreja del gato, con toda la sorna del mundo y fingiendo la mayor inocencia, le preguntó:

—Milís, ¿sales a **mexiare**?

—¡No, hoy **mexio** en casa! -fue la seca respuesta del gato.

Terminóse de imprimir esta obra en la ciudad
de Cádiz, el día 4 de octubre
de MCMLXXXIX, festividad
de San Francisco de Asís,
en los talleres de
Imprenta Repeto.

